



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 15.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 pesos.	12 pesos.	24 pesos.	48 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 30 de Mayo de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.



UN CAZADOR GOTOSO.

UN CAZADOR GOTOSO.

(Véase la lámina de la página 113.)

Allá, en tiempos no muy lejanos, la época exacta no hace al caso, vivía en tierra de Castilla un cierto Conde muy entrado en años, y por consiguiente en picardías, recuerdo de aquellos señores antiguos de villas y lugares, y por lo tanto, inmensamente rico, solteron, egoísta, cazador consumado, idólatra de toda clase de placeres, enfermo de una gota incipiente, cuyos dolores le hacían poner el grito en el cielo, y adornado, por efecto de su mal ó del aislamiento en que vivía, de un carácter atrabiliario y feroz, que á veces degeneraba en verdaderos ataques de locura.

Pero la locura era de cierto género y de la más generalizada en todos tiempos, puesto que le daba al buen señor por agarrar la escopeta, despertar de un soberano puntapié á los perros que dormían echados junto á la chimenea monumental que decoraba el gabinete de su casa, y echarse al campo en busca de alguna linda mozueta de las cercanías, que le consolase con su cara de rosa del fastidio y del aburrimiento de verse aislado en la severa magnificencia de su casa solariega.

Quien dice solteron, dice cazador furtivo en poblado, y á los lugarillos inmediatos se refugiaba el noble señor, tomando vientos y siguiendo la pista de esas lindas piezas de veinte años, que dejan tras de sí un rastro que trasciende á belleza, á juventud y á donosura.

Sabíase en veinte leguas á la redonda que andaba siempre en malos pasos el amo de aquel vasto señorío; sabíase que la caza era un pretexto para pasar revista á las muchachas de la tierra, y sabíase también que entre todas merecía la preferencia del Conde una chica que vivía sola en una pobre vivienda, que al morir le dejaron sus padres, en lo alto de un cerro que dominaba las casas del pueblo. También le dejaron como herencia dos enormes mastines, que gruñían con furor apenas se acercaba un mosquito, enseñando dos hileras de dientes capaces de cortar la respiración al hombre más osado.

El Conde, por su parte, y sin duda con intenciones algo aviesas, había aumentado la herencia paterna de *la niña de los ojos negros* con la donación de unas tierras y de parte de un monte que había detrás de la casilla; pero esta generosidad, sin hacerle adelantar un ápice en su empresa, produjo el efecto inmediato de que los mozos del lugar acudiesen como moscas á la miel al lado de la jóven, disputándose la dicha de casarse con un pimpollo de hermosura, dueño además de doce fanegas de buenas tierras de pan llevar.

Pero ella hizo de sus aspirantes el mismo caso que del pobre Conde, que no cesaba de tirotear todo el día junto á la morada de la desdichada criatura, llena de gratitud, pero nada más que de respetuosa gratitud, hacía el que la había sacado de la indigencia.

Casi todas las tardes se oían los furiosos ladridos de los perros al ver subir al Conde la cuesta cargado con su escopeta, su morral, sus ataques de gota, sus toses y sus sesenta años. La niña de los ojos negros le salía al encuentro, le acomodaba en el sitio mejor de su casa, le tenía siempre reservado un buen vaso de vino, y le hablaba como si fuese á su padre, despidiéndole luego con una ceremoniosa reverencia.

Íbase impacientando el buen viejo al convencerse de que no podía asaltar aquella muralla de nieve, que es el nombre que algunos libertinos dan á la virtud; arrepintóse de aquella cesión que nada le había producido, y aún algo indicó de anularla el día ménos pensado, sin cuidar siquiera de mirarse al espejo y comparar sus cabellos blancos y sus arrugas con los negros bigotes y las vigorosas facciones de Pedro Zúñiga, valiente mancebo, insigne aventurero, que acababa de dar la vuelta á su país, después de haber guerreado por todos los mares y tierras conocidas.

Era Pedro hombre de ingenio, discreto, alegre como unas castañuelas, bravo, decididor y maestro en esa gramática de color pardo que no se aprende en ninguna escuela, y que es, sin embargo, la que más sirve en los lances revueltos de la vida.

Pedro visitaba á Maricuela, que así llamaban á la niña de los ojos negros, y á quien quería como á las de los

suyos propios; pero apenas se enteró por ella de los pormenores de la situación, dejó de subir al cerro bajando la cuesta meditabundo, y con la cabeza en esa actitud propia del hombre que reza ó que recapacita.

Desde aquel momento se hizo el encontradizo con el Conde apenas asomaba éste por el pórtico del caseron en que vivía. Nadie sabía mejor que Pedro dónde estaban los sotos más abundantes de liebres y conejos; nadie apuntaba como él una perdiz que le entrara de pico, ni descubría con más facilidad la cama de un jabalí ó la pista de un corzo; nadie salpimentaba con más chistes los lances venatorios; nadie se descargaba con igual habilidad de las piezas que mataba, trasladándolas á la cuenta de las muertas por el viejo, y nadie, en fin, distraía á éste en sus ratos de mal humor como su nuevo compañero, contándole mentirosas aventuras que le hacían desternillar de risa.

Pedro se convirtió hasta en el confidente del Conde, y el buen señor, que no le ocultaba sus debilidades, le dió parte también del despojo que intentaba respecto á la pobre Maricuela. El mozo se encogió de hombros como si se tratase del asunto más indiferente que para él hubiese en el mundo.

Cierta día, casi ántes de amanecer, acudió muy azorado en busca del anciano, diciéndole que había descubierto unos rastros en el monte que prometían soberbia tirada, y que iba á darle parte de lo que ocurría, por si se animaba á acompañarle.

Era el día de los más horribles del invierno, pero el Conde cayó en la tentación; vistiéndose apresuradamente, y á los pocos minutos, seguido de sus perros y llevando á Pedro por guía, se internaron en lo más revuelto del monte.

Dos ó tres horas anduvieron los cazadores sin tomar aliento, pero el rastro no parecía. Tiraron alguna que otra liebre, y siguieron adelante subiendo cuestas, atravesando valles y bordeando cañadas, y ya el Conde no podía seguir á Pedro, que, medio confuso, y picado, al parecer, en su amor propio, no paraba en su carrera, como un nuevo judío errante empujado por la voluntad de Dios.

El viejo se puso pálido de repente, dió un grito tremendo y se llevó la mano al pie derecho, en cuyo dedo grueso acababa de sentir una punzada de gota.

Pedro, aparentando dolor y sorpresa, llevó al Conde á su casa poco ménos que en brazos. Echóse éste en un sillón, rendido de dolor y de cansancio, y empezó á llamar furioso á los criados para que le quitasen aquellas botas que le asesinaban, haciéndole comprender la enormidad del suplicio inquisitorial que se llamaba el tormento del borceguí.

Ningún sirviente acudió. Pedro les había dicho que su amo volvería bien entrada la noche, y estaban en la fiesta del patron del pueblo.

—Casi me alegro de que estemos solos, dijo Pedro con maliciosa sonrisa, porque tengo que hablaros de cierto asunto, señor, y de mucha importancia.

—Para mí no hay ahora nada más importante sino que me quiten estas botas que me están atenazando los pies como si fueran de hierro. El maldito traqueteo de hoy los ha hinchado de tal suerte, que yo creo que las venas se van á reventar.

—Si el señor Conde padece tanto y quiere que le ayude....

—¡Pues no he de querer, hombre! exclamó el viejo lanzando una mirada de alegría á su interlocutor. Será un favor que recompensaré como á tí te dé la gana.

Y alargó una pierna al buen mozo, que hizo ademán de tirar, pero sin que el pie retrocediese ni una línea.

—Pues ya que os mostráis tan generoso, señor, dijo, voy á pedir un favor que espero me otorgaréis, pues es una obra de caridad, por la que....

—Bien, bien, concedido, pero tira pronto, decía el Conde sudando de rabia y de impaciencia.

—Lo que tenía que pedir es que renunciéis al proyecto de desamparar á la pobre Maricuela, que va á quedarse en la miseria.

—¡Oh! en cuanto á eso, jamás....

Pedro dejó caer la pierna del Conde en el suelo. Al sentir éste el dolor que el golpe le produjo, hizo un gesto de rabia, que al punto trocó por la sonrisa más amable

que pudo fabricar, alargando la pierna mientras concluía el párrafo de distinta manera que se había propuesto en un principio.

—Jamás he pensado seriamente en hacer el menor daño á esa hermosa criatura, y hoy mismo confirmaré la donación de las tierras, siendo tú testigo de mi voluntad.

Pedro tiró de la bota izquierda, y el pie del anciano quedó libre.

Pero era en el otro donde sentía el dolor más insoponible. Hizo un ademán significativo, y el mozo se apoderó de la punta del pie.

—Ahora, señor, que os veo tan complaciente, dijo, no extrañaréis que os pida el último favor.

—Sácame, por piedad de este tormento, y luego dime lo que desees.

—Luego, no; ántes me parece más oportuno.

—Bien, dílo pronto y despacha más presto todavía, si no quieres asesinar me.

—¡Dios me libre de ello, señor Conde! Lo que yo deseo es que viváis mil años, y mucho más ahora que aspiro nada ménos que al honor de que seáis padrino de mi boda con Maricuela.

—El Conde se puso pálido de sorpresa y de despecho. Pedro estaba en pie delante de él, inmóvil como una estatua, sin apartar los ojos de los suyos ni pestañear siquiera.

En aquel momento el noble cazador sintió una punzada horrible, y dijo al fin medio trastornado por los celos y por la gota:

—Tira de esa bota, y te juro apadrinar hasta las bodas de los perros que tengas en tu casa.

—¡Gracias á Dios! exclamó Pedro librando al Conde del suplicio.

—¡Gracias á Dios! dijo á su vez el viejo extendiendo los pies en la alfombra de su gabinete.

Pedro se alejó con el corazón henchido de alegría, y pensando que el cazador más hábil tiene á veces que echar mano de una trampa para lograr sus propósitos, por más buenos que éstos sean, corriendo á dar parte del éxito de su estratagema á su hermosa prometida, la encantadora *niña de los ojos negros*.

J. M. C.

CAZA DE LAS AVES DEL PARAISO.

(Véase la lámina de la página 117.)

Cuando los primeros viajeros europeos llegaron á las Molucas, en busca de clavos de especia y nuez moscada, entonces especias raras y preciosas, les ofrecieron pieles secas de aves tan extrañas y hermosas, que excitaron la admiración hasta de estos aventureros en busca de riquezas.

Los traficantes malayos les daban el nombre de *Manuk Dewata* (aves de Dios). Notando que estas pieles no tenían ni patas ni alas, y no logrando averiguar nada auténtico por cuenta propia, los portugueses llamaron á estos volátiles *passaros de sol*, mientras que los sabios holandeses, que escribían en latín, les daban el nombre de *aves paradisi*, ó aves del paraíso.

John Van Linschoten les da estos nombres en 1598, y dice que nadie ha visto estas aves vivas, porque viven en el aire, dando siempre vueltas al sol y no posándose jamás en tierra ántes de su muerte; porque no tienen ni patas ni alas, como se puede ver, añade, en la India, y algunas veces en Holanda. Pero siendo esto muy costoso, en Europa se han visto rarísimas veces.

Más de un siglo después, M. Guillermo Funnell, que acompañó á Dampier y escribió una relación del viaje, vió algunos ejemplares en Amboine. Le dijeron que venían de Banda para comer nuez moscada, que las embriagaba y las hacía caer privadas de sentimiento al suelo, en el que las mataban las hormigas.

Hasta 1760, en que Linneo llamó á la especie más grande *Paradisea Apoda* (aves del Paraíso sin pies), no se había visto un ejemplar perfecto en Europa, y no se sabía nada de sus costumbres.

Hasta el presente, cien años más tarde, la mayor parte de los libros dicen que emigran á Ternate, Banda y Amboine, mientras que el hecho es que son completamente

desconocidas en estas islas en su estado salvaje, como en todas partes. Linneo conoció una especie pequeña también que llamó *Paradisea regia* (ave real del Paraíso); después se han clasificado otras ocho ó diez distintas, según las pieles conservadas por los salvajes de la Nueva Guinea, y que lo han sido más ó menos imperfectamente. Sin embargo, todas son hoy día conocidas en el archipiélago malayo como *burong mati* ó aves muertas, lo que indica que los traficantes malayos no las han visto nunca vivas.

Las *paradiseidae* forman un grupo de aves de mediano tamaño, aliadas por su estructura y sus costumbres á los cuervos, á los estorninos y á los chupadores de miel australianos. Pero se caracterizan por un desarrollo extraordinario del plumaje, desarrollo sin igual en las demás familias de aves.

En diversas especies, grandes penachos de plumas delicadas, de brillantes colores, salen de cada lado del cuerpo, debajo de las alas, formando colas, abanicos ó escudos, y las plumas medianas de la cola, prolongándose con frecuencia en tirabuzones y hebras, presentan las formas más fantásticas, adornadas de tintas metálicas las más espléndidas y vivas. En otra serie de especies, las plumas accesorias salen de la cabeza, de las espaldas ó de los hombros.

La intensidad del color y del lustre de su manto no tiene ningún punto de comparación con el de las demás aves, excepto quizás con el de los pájaros-moscas, que por cierto no lo excede.

Ordinariamente se clasifican en dos familias distintas, *paradiseidae* y *epimachidae*, la última caracterizada por un pico largo y agudo, y que se supone aliada de las abubillas. Pero los dos grupos tienen relaciones tan estrechas entre sí por su organización y costumbres, que se les puede considerar, sin miedo de equivocarse, como formando las subdivisiones de una familia.

La grande ave del paraíso (*Paradisea apoda*, de Linneo) es la especie mayor de las conocidas, pues mide generalmente diez y siete á diez y ocho pulgadas desde el pico á la extremidad de la cola. El cuerpo, las alas y la cola son de un brillante color café oscuro, que se funde junto al pecho en violeta oscura ó en púrpura casi negra. La cima de la cabeza y el principio del cuello son color de paja excesivamente delicado, y las plumas muy cortas y compactas, de modo que parecen propiamente de terciopelo. La parte inferior de la garganta hasta los ojos está revestida de plumas escamosas, verde esmeralda, con un hermoso brillo metálico; plumas aterciopeladas de un verde más oscuro se extienden por bandas al traves de la frente y de la barba hasta los ojos, que son amarillos y brillantes. El pico es azul de plomo pálido, y las patas, grandes, muy robustas y bien formadas, son rosa ceniza muy pálida. Las dos plumas medianas de la cola no tienen membrana palmar, excepto una muy pequeña en la extremidad de la base, y forman filamentos que se desenvuelven en una doble curva elegante, y varían de veinticuatro á treinta y cuatro pulgadas de largo. De cada lado del cuerpo, bajo las alas, sale un espeso mazo de plumas largas y delicadas, teniendo algunas veces dos pies de extensión, de color de naranja muy vivo y luciente, cambiándose hácia las extremidades en moreno pálido. Este mazo de plumas puede levantarse y desplegarse á voluntad, de manera que casi oculta el cuerpo del ave.

Los machos son los que tienen el privilegio de este espléndido adorno; la hembra es, al contrario, realmente un ave sencilla, común y ordinaria, de un color de café oscuro uniforme, que no varía nunca. Tampoco poseen ni la cola larga ensortijada, ni una sola pluma amarilla ó verde en la cabeza.

Los machos de un año se parecen á las hembras exactamente, de modo que no se pueden distinguir más que disecándolos. La primera muda se señala por la adquisición de un color amarillo y verde en la cabeza y garganta; al mismo tiempo las dos plumas medianas de la cola se alargan algunas pulgadas más que las otras, pero quedan palmadas en sus lados. Más tarde estas plumas son reemplazadas por largos tubos desnudos en toda su longitud, como en los pájaros adultos; pero aún no dan señales de las magníficas plumas color de naranja de los costados,

que en lo sucesivo completan el vestido del macho. Tres mudas sucesivas son precisas á lo ménos para efectuar estos cambios.

Mucho tiempo se ha pensado que las soberbias plumas de la cola no les salían sino durante el breve período de la estación de los amores; pero la experiencia ha demostrado que el plumaje se conserva completo en todas las estaciones, excepto durante un corto período de muda, como sucede á todas las demás aves.

El ave grande del Paraíso es muy activa y vigorosa; todo el día está en movimiento. Abunda mucho, y se le encuentra constantemente rodeada de bandadas de hembras y machos jóvenes. Aunque las aves enteramente cubiertas de su plumaje sean ménos numerosas, los gritos estridentes que se oyen cotidianamente junto á su morada indican que son muy comunes. Su canto es un *uak-uak* tan fuerte y agudo que se oye á grandes distancias, y forma el ruido animal más característico y dominante de las islas Arrou.

Su sistema de anidar es desconocido; pero los naturales de las islas aseguran que los nidos están compuestos de hojas colocadas en las ramas elevadas de los árboles más altos y corpulentos, y que éstos no contienen más que una sola avecilla. Tampoco es conocido el huevo, y los mismos indígenas afirman que no los han visto jamás.

Mudan en Enero ó en Febrero, y en Mayo, cuando han revestido su mágico plumaje, los machos se reúnen temprano, por las mañanas, para dar la singular representación que los indígenas llaman *sa celeli*, ó danza, sobre ciertos árboles que tienen las copas más frondosas, lo que permite á las aves el hacer gala de su brillante adorno. Sobre uno de estos árboles, por ejemplo, se reúnen una docena de machos; alargan sus espléndidos cuellos, levantan las alas y sacuden y elevan sus maravillosas plumas, á las que imprimen continuas vibraciones. Por intervalos vuelan al traves de las hojas y ramas con una gran excitación, de tal modo que el árbol entero aparece lleno de plumas ondulantes, en toda suerte de posiciones y movimientos.

En estos momentos el ave presenta un hermoso color de café oscuro, la cabeza y el cuello de amarillo-paja, y el vientre y lados de un magnífico verde metálico. Los largos mazos de plumas anaranjadas se levantan y ensanchan formando dos soberbios abanicos, con rayas de un rojo oscuro en su base, desvaneciéndose en una tinta moreno-pálida ondulada dulcemente. Mirada el ave en esta actitud, merece realmente su nombre del Paraíso, y se la puede considerar como una de las más espléndidas de los seres vivos.

Sus costumbres permiten á los naturales el procurarse algunos ejemplares con una facilidad relativa. Así que ven que las aves se han posado en un árbol, en el que tienen costumbre de reunirse, construyen en un sitio conveniente, en medio de las ramas, un abrigo de hojas de palmera; el cazador se oculta en él antes de la aurora, armado de un arco y de flechas terminadas en un botón redondo, como se ve en nuestro grabado. Un niño vigila al pie del árbol, y cuando las aves llegan, al salir el sol, y se han reunido en número suficiente, y principiado á danzar, el cazador lanza su flecha embolada á uno y lo mata, sin que su pluma quede manchada ni aún por una gota de sangre. Su desaparición apenas es notada por sus compañeros, que caen uno después de otro, hasta que los últimos huyen asustados.

Para conservarlos, los indígenas les cortan las alas y las patas, los despojan de la piel hasta el pico, les separan el cráneo, y, por último, los ponen á secar.

El *Paradisea apoda*, al parecer, está confinado á la principal de las islas Arrou; nunca se encuentra en las pequeñas islas que rodean á la central. Tampoco se halla en ninguno otro sitio de la Nueva Guinea de los visitados por los traficantes malayos, ni en ninguna de las otras islas. Esto no es, sin embargo, una prueba concluyente de su no existencia en estos parajes, pues los naturales no acostumbran cazarlas sino en ciertos puntos determinados, únicamente para preparar sus pieles; así es que pueden abundar las aves en algunos parajes, sin que éstos sean conocidos, razón por lo que se tiene por

muy posible que esta especie habite la gran región meridional de la Nueva Guinea.

La pequeña esmeralda (*Paradisea papuana*, de Bechtein, el *Lesser Bird*, de los autores ingleses), es un ave mucho más pequeña que la precedente, aunque se le parece mucho. Difiere por su color oscuro y por no tener su pecho teñido de púrpura; en el color amarillo que se extiende por toda la parte superior de la espalda y las cubiertas de las alas; en el amarillo más claro de las plumas de los costados, que tienen sólo una tinta anaranjada, con los extremos de un blanco casi puro, y en el desarrollo menor de los filamentos de las caudales.

La hembra difiere también notablemente en el mismo sentido de la *Paradisea apoda*, porque es blanca del todo en la superficie inferior del cuerpo, y por consecuencia, constituye un ave más bella.

Los machos jóvenes están coloreados de un modo similar; pero al envejecer se oscurecen, y acaban por adquirir un plumaje perfecto, siguiendo las fases que hemos mencionado ya en la especie aliada.

Este es el pájaro más usado comunmente por las señoras en sus adornos, y con especialidad en su tocado, y constituye un artículo importantísimo de comercio en Oriente.

La *Paradisea papuana* es una especie común en la Nueva Guinea, lo mismo que en las islas de Mysol, Salwatty, Jovie, Biak y Sook.

En la costa sur de la Nueva Guinea, el naturalista holandés Muller la ha encontrado en el río Oetanata.

Las verdaderas aves del Paraíso son omnívoras. Se alimentan de frutos é insectos; de los frutos prefieren los higos; de los insectos, las cigarras, las langostas, los fasmus, las cucarachas y la cochinilla.

V. C.

PESCA DE CANGREJOS DE MAR.

(Véase la lámina de la pág. 120.)

Antes de hablar de los medios que deben emplearse para hacerse dueños de los crustáceos, es indispensable decir algunas palabras de sus costumbres, porque, como no todos los aficionados están obligados á saber Historia Natural, se expondrían á cometer grandes errores.

Ante todo, conviene recordar que entre los crustáceos de nuestras costas, los unos habitan las orillas y los otros los grandes fondos de agua, si bien estas dos limitaciones no son la mayor parte de las veces más que relativas.

Los cangrejos, cuyas especies son numerosas, habitan todas las costas; no importa nada que éstas sean llanas ó escabrosas, arenosas ó formadas de rocas, porque en ellas siempre habrá decápodos braquiuros, grandes ó pequeños. La razón es obvia: estos animales llenan una misión providencial, en la que se ven ayudados por una infinidad de crustáceos más pequeños, la de ser los grandes *limpiadores* de las playas.

Gracias á su apetito insaciable, á su carácter errante y á su número, todos los cadáveres, grandes ó pequeños, que el mar deposita en sus orillas, desaparecen y entran transformados de este modo en la gran corriente no interrumpida de la vida general.

Los cabrajos y las langostas no forman una familia tan dilatada como la de los cangrejos; no comprende cada uno más que la especie bajo la que los denominamos, y cumplen, en el fondo del agua, la misma misión que los cangrejos en las orillas. No los busqueis en las costas arenosas, pues necesitan guarecerse en los agujeros de las rocas, y emboscarse en ellos para cazar. En una palabra, son los huéspedes de la piedra, en compañía del congrio, que respetan y no comen nunca. El por qué se ignora, y nadie que sepamos ha descubierto todavía el secreto de tales asociaciones extrañas.

Lo más curioso del caso es que el congrio, el cabrajo y la langosta, estos tres carnívoros en grado superlativo, viven juntos, y todos tres se dejan coger del mismo modo, con el mismo cebo y el mismo armadizo, como vamos á ver.

El cangrejo, con algunas ligeras excepciones, es un animal medio terrestre medio acuático. Todos conocen su modo de andar de costado, su concha abierta, aplastada

y más ó ménos redonda; sus patas en forma de pinzas, que levanta con aire amenazador cuando se acercan á él, y sus dos ojillos negros montados en pedículos, y que hace salir de los dinteles de su casa cuando está encolerizado.

Todo el mundo ha visto á estos extraños animales, adornados de colores verdosos, oscuros ó rojizos, subirse por las piedras con sus saltos grotescos, ú ocultarse en los agujeros con la gracia de una piedra lanzada por la mano de un niño.

Si os acercáis á un charco de agua, en las peñas veréis al momento á los cangrejos retirarse con aire de mal humor detras de las plantas marinas, ó introducirse en la arena. Levantad las rocas, y los hallaréis de otras especies todavía; pero éstos permanecen completamente ocultos, enterrados, y no harán ningun movimiento para escaparse, quedándose inmóviles, con las patas encogidas, y dejándose coger con un azadon como las patatas. Estos cangrejos son los mejores. Pero para cogerlos se necesita paciencia y no poco trabajo.

No vaya á creerse que porque son difíciles de coger creemos que son mejores que los otros crustáceos entecos que se agarran á las piernas de los bañistas en los puertos de mar; nada de eso, sino porque su carne es verdaderamente de calidad superior.

Gracias á la cantidad de estos crustáceos, abundantes hasta la profusion en todas partes, su pesca es una de las distracciones mas apetecidas de los niños á orillas del mar, y salvo algunas picaduras, con frecuencia dolorosas, no hay ninguno que, con un poco de paciencia, no vuelva con los bolsillos llenos, razon para que el papá tenga que llevar consigo muchas veces un martillo para romper las rocas rebeldes y tenaces; pero ¡qué placer cuando el garfio de hierro, que se lleva en la mano para esta pesca, ha recogido un cangrejo de los grandes, casi modelado en el agujero en que habita, hasta el punto de que cuando se encuentra á uno de estos solitarios, pudiera muy bien creerse que su concha está provista de la facultad especial de aplastarse!

Sin embargo, todo esto no constituye sino la pesca al menudeo: las más grandes y las mejores especies llegan á las playas con la marea y se retiran con ella.

Estas son las especies nadadoras, de patas aplastadas, como el *cangrejo lanudo*, uno de los mejores.

Estas especies no se pueden coger con la mano, sino durante las grandes mareas, cuando el mar descubre ciertos sitios que quedan ocultos en las mareas ordinarias. ¡Feliz el pescador que sabe aprovechar estos momentos en que brilla el sol con todo su esplendor, para hacer descubrimientos imprevistos en ese mundo desconocido que se presenta á sus ojos!

Estos decanos de la especie cangrejera habitan en los huecos ó agujeros de las rocas en relacion con su tamaño, y mientras se pueda llegar á ellos á pié enjuto, el método mejor, más divertido y fecundo en peripecias es atacarlos por medio de garfios de hierro y sacarlos á la fuerza de su agujero.

Este trabajo no es siempre cómodo ni divertido, y la mayor parte de las veces es más fácil perder el tiempo que coger un buen cangrejo.

La verdadera pesca, la pesca seria, por decirlo así, es la misma que se emplea para la del cabrajo, y se practica en los mismos sitios y con los mismos aparatos.

Esta pesca es muy divertida para el pescador *tourista*, pero es preciso para llevarla á cabo una barca y ciertos armadijos.

Dos clases de cestas se emplean principalmente para pescar cangrejos. Las unas tienen la forma de los garlitos ó nasas de nuestros rios; las otras, de una ratonera vertical de alambre, como se ve en nuestra lámina. Las primeras se hacen de mimbres ó listones de madera, con una portezuela lateral para sacar los animales que se hayan cogido, y en lo alto una abertura que da entrada al interior, con un cerco en forma de embudo, compuesto de mimbres flexibles que impidan la salida á los cautivos despues de haber entrado.

Á estos cestos se les pone un lastre de piedras para que puedan fácilmente ir al fondo, y se ata á uno de sus costados una cuerda que llegue á la superficie del agua y pueda sujetarse á la barca.

Esta clase de pesca es muy sencilla. Á la caída de la tarde se echan los cestos al agua, poniendo en cada uno de ellos un cebo de carne ó pescado, que se puede regar con una esencia fuerte, pues de este modo sus resultados serán mucho mejores, y á la mañana siguiente se sacan los unos despues de los otros, y se cogen los crustáceos que han entrado en los cestos.

De vez en cuando se encuentran igualmente en ellos congrios hermosísimos, que se han metido dentro deslizándose por la abertura, atraídos por el cebo de carne, que no han podido escapar, y que se hallan revueltos con sus amigos y vecinos los cangrejos, las langostas y los cabrajos.

El aspecto de uno de estos enormes pescados desenvolviéndose como una boa blanca y negra en el fondo de la barca, con su ancha boca guarnecida de dientes, la ferocidad de su porte y la fijeza de sus ojillos, forma un cuadro difícil de describir.

C. V.

UNA CACERÍA DE ELEFANTES EN CEYLAN.

Dos de los miembros más ilustres de la aristocracia de Londres (¡ingleses habian de ser!) salieron en la primavera última de la capital del Reino Unido, dirigiéndose á la India, con el único y exclusivo objeto de cazar elefantes en los fértiles campos de aquella riquísima y apartada colonia.

Sir John y sir Carlos Mackensie, su hijo, que tales eran los nombres de nuestros resueltos cazadores, llegaron con toda felicidad á Ceylan, porque á los ingleses no les sucede nunca ningun percance en sus viajes, encaminándose acto seguido á la casa de un opulento indígena llamado Souda Bohadoor, para quien unos banqueros de Madrás les habian dado expresivas cartas de recomendacion.

Prevenido de antemano Souda Bohadoor, hizo que su administrador ó intendente esperase á los nobles expedicionarios en el pórtico mismo de la vivienda.

El administrador era lo que se llama un infeliz, ó sea un hombre rechoncho, bajo de cuerpo, vestido todo de blanco, como si por su inocencia estuviese consagrado á la Virgen María; de fisonomía alegre, y de un carácter más dulce que las mieles del monte Hymeto.

Dirigiéndose á Sir John con cara de pascua le manifestó cuán grande era el placer que sentía su amo en recibir bajo su techo á huéspedes tan ilustres, y terminado el discurso, que no fué ni muy corto ni muy largo, condujo á los cazadores á la suntuosa habitacion que les estaba destinada.

Antes de entrar en el fondo del presente relato venatorio, vamos á dar á conocer á nuestros lectores á Sir John Mackensie, tipo verdadero, cuya vida y cuyas proezas le hacen digno de una mencion especialísima.

Era Sir John el camarada más divertido, más raro y más grotesco que puede imaginarse. Por un quitame allá esas pajas se encolerizaba á veces hasta ponerse rojo de ira. Disgustábale todo cuanto le rodeaba al presente, alabando sin cesar lo pasado, aunque sólo se tratase de cosas y hechos que tuviesen veinticuatro horas de vejez. Apénas tenía cuarenta años; estaba algo grueso, y la marcha á pié, atravesando las espesas junglas de la India, eran más fatigosas para él que para su hijo. A pesar de su agilidad, el opulento *gentleman* dejaba siempre entre las malezas algo de sus vestidos y aún de su pellejo, lo cual le hacía prorumpir en imprecaciones poco propias de los flemáticos hijos de Albion.

La casa de Souda Bohadoor, como la de casi todos los indios, no tenía más que un solo piso con dos galerías posteriores formando ángulo, que daban á un gran jardín. En la de la derecha habitaba un ejército de criados, y en la de enfrente, los caballos y los elefantes. En el fondo del jardín se alzaba una pequeña pagoda de primorosa construcción y elegante forma.

Souda Bohadoor, dueño de inmensas plantaciones en la isla, era un hombre de sesenta años, fuerte, robusto y adornado de una magnífica barba blanca que le llegaba hasta la mitad del pecho.

Acogió á sus huéspedes con la más exquisita galantería; les hizo comer naranjas mandarinas y fumar sendas

pipas recostados en almohadones de tisú de plata y oro, manifestando á los ingleses, que puesto que eran apasionados cazadores, pensaba proporcionarles al día siguiente la ocasion de matar diez elefantes, partida á que él no asistiría, porque su religion le vedaba el privar de la existencia á ningun sér viviente.

El rostro de Sir John se iluminó de repente, porque empezaba á tocar la realizacion de su sueño venatorio.

—A cinco millas de aquí, añadió el indio, mis servidores os indicarán una laguna donde todas las mañanas va á bañarse una manada de elefantes. Voy á dar las órdenes oportunas, y al despuntar el día podéis poneros en marcha.

Mucho ántes de amanecer, Sir John despertó á su hijo, bajando ambos al patio de la casa, donde ya les esperaban veinte indios mandados por un cazador viejo, y muy célebre en el país á causa de su valor, de su experiencia y de su sangre fria.

Los indígenas se mostraron alborozados al ver salir á los expedicionarios, porque los elefantes que iban á cazar estaban destruyendo las labores é inutilizando las cosechas con sus formidables trompas, y no sabian cómo librarse de tan molesta plaga.

Souda Bohadoor habia mandado disponer caballos, gracias á los cuales llegaron los cazadores sin cansancio al campo de batalla.

La laguna tenía dos leguas de circunferencia, y del lado que miraba á las praderas se habian construido diques de diez piés de altura, y ademas murallones de tierra que los elefantes deshacian cada vez que se les antojaba tomar un baño.

Al llegar allí, los jinetes echaron pié á tierra, primero porque el terreno era casi impracticable, y luego porque el relincho de los caballos podía espantar á los asustadizos animales que iban á sorprender en su retiro.

Las lluvias torrenciales, tan frecuentes en la India, habian anegado el terreno de tal modo, que los cazadores se encontraron metidos en un pantano verdadero. Marchaban sin desmayar con el agua hasta la rodilla, cuando uno de los hombres que iba á la descubierta anunció que los elefantes se dirigian al lago como de costumbre. En efecto, veinte individuos de esta hermosa familia de paquidermos llegaron á orillas del agua, lanzándose á ella con inequívocas muestras de alegría.

Los cazadores ingleses estaban ebrios de gozo.

Era difícil acercarse á los elefantes. No se podia tirarlos desde la orilla, porque la distancia era muy grande, y ademas, porque al oír la detonacion hubieran huido, desapareciendo en las espesuras del bosque cercano.

Dejando una parte de los indios escalonados á lo largo del dique, siguieron los cazadores la ribera, ocultándose cuidadosamente hasta el sitio donde la numerosa falange habia abierto un portillo en el murallon de tierra con objeto de lanzarse al baño. Una vez en sus puestos los tiradores, debian los indios asomarse al muro del dique y empezar á gritar desaforadamente, á fin de que los elefantes espantados fuesen hacia el lado en que los cazadores los acechaban con sus escopetas.

Los animales entre tanto, y sobre todo seis que eran los más jóvenes, jugaban con sus madres, sirviéndose de la trompa para echarles agua cuando las veían más prevenidas.

De pronto resonaron los gritos de los indígenas de una manera capaz de estremecer la tierra. Los elefantes, ménos asustados que sorprendidos, se agruparon en el centro de la laguna como si fuesen á celebrar consejo, y pasado un minuto, comprendiendo que les amenazaba un peligro real y efectivo, emprendieron la fuga hacia el sitio en que se hallaban escondidos los cazadores.

La conducta de los ojeadores del país no era la más á propósito para inspirar confianza á los ingleses, porque la ver aproximarse á aquel escuadron formidable, se subieron á los árboles con la rapidez del relámpago.

Sir John y su hijo, con las escopetas á la cara, aguardaban tranquilamente el momento crítico de hacer fuego, apuntando, por supuesto, á la cabeza.

El elefante, aunque se le tire con una bala de gran calibre, no tiene vulnerable más que la cabeza. Lo mejor es apuntarle á un ojo, ó á la oreja cuando se presenta de perfil. Cualquiera herida en otra parte del cuerpo lo en-



CAZA DE LAS AVES DEL PARAÍSO.

furece, y auxiliado entónces con la trompa, que es un arma terrible, se arroja resueltamente sobre su enemigo para aniquilarlo.

Mucha sangre fría se necesita si ha de esquivarse el ataque. La masa enorme que el elefante arrastra consigo y la fuerza con que toma carrera no le hacen dueño de sus movimientos. Así es que un salto de costado basta para evitar el choque.

La cabeza de aquel gigantesco escuadrón apareció pronto ante los cazadores. Los elefantes, con el mayor apresuramiento, iban empujándose unos á otros, derribando árboles, azotando el aire con sus trompas, sin dejar de mover la cabeza, lanzando escrutadoras miradas por todas partes.

Apénas habían pasado los primeros, cuando se oyeron dos detonaciones. Dos elefantes cayeron al suelo exhando dolorosos gemidos. Ambos tiros eran de la escopeta de Sir John, que había muerto á dos elefantes lo mismo que si fueran un par de codornices.

—¿En qué diablos estás pensando? gritó furioso á su hijo Carlos. Un balazo á ése que va á pasar delante de tí. Apunta sobre todo á la oreja.

El joven obedeció maquinalmente, y un animal rodó por el suelo fangoso inmediato á la laguna.

De un salto se dispusieron los ingleses á salvar la distancia que les separaba de sus tres víctimas.

Los indios, después de oír los tiros y viendo que el resto de la manada desaparecía entre los matorrales de las junglas, bajaron de los árboles y se preparaban á aserrar los colmillos de los vencidos, cuando se oyó un ruido formidable hacía el lado de la laguna.

Era un elefante de enorme estatura, que se había quedado atrás, ó que más valiente que sus camaradas, iba á precipitarse sobre los cazadores.

En un abrir y cerrar de ojos volvieron los indios á encaramarse en los árboles, dejando á los ingleses solos y enfrente de su terrible adversario.

Sir John, con la sonrisa en los labios, se echó la escopeta á la cara, mientras el joven cargaba apresuradamente la suya.

El valiente cazador no se movió ni una línea: parecía una estatua de granito. Dejó que el animal adelantase un poco hacía él, y luego, en el momento mismo de bajar la cabeza para dar la embestida, salió el tiro, y el coloso cayó como herido del rayo. La bala se había introducido por entre los ojos, causando una muerte instantánea.

Los indios que iban bajando de los árboles operaron un nuevo movimiento de retirada, porque un elefante chico, inquieto y asustado se dirigía á los cazadores, no con ademán hostil, sino como si fuese á pedirles noticia de su madre.

Carlos iba á hacer fuego, cuando su padre le gritó:

—¡No le tires; vamos á cogerle vivo; échate á un lado y déjale pasar!

El joven no adivinaba la idea de su padre, pero obedeció ciegamente.

En el instante en que el animal pasaba junto á su lado, Sir John se agarró á la cola, procurando detenerle; pero á pesar de sus hercúleas fuerzas y de la poca edad del elefante, éste siguió impertérrito su camino arrastrando por el lodo al intrépido cazador, que recibía espantosas sacudidas, como una barquilla remolcada por una fragata.

El elefante por su parte daba saltos y brincos por librarse de aquel molesto apéndice que le había salido en el rabo; pero Sir John pensaba en todo menos en soltar su presa.

Carlos y los indios fueron en auxilio del inglés, á quien ya iban faltando las fuerzas, hasta que al fin consiguieron hacerse dueños del animal, al que trabaron con una cuerda por las patas traseras.

Aquel elefante vivo era el presente que los cazadores llevaban á Souda Bohadoor en testimonio de gratitud.

Era imposible continuar la caza, porque los fugitivos se habían internado en aquellos bosques inexpugnables, y porque cuatro elefantes bastaban á satisfacer los deseos del hombre más exigente.

Despojados los cadáveres de sus colmillos, dieron los expedicionarios la vuelta á la plantación, donde los colonos les recibieron entre gritos de entusiasmo.

Dos horas después salía un vapor para Suez, y en él se embarcaron Sir John y su hijo, con rumbo á Inglaterra sin cuidarse siquiera de reponerse en Ceylan de las fatigas de su grandiosa cacería.

P. C.

CAZA DE GOLONDRINAS.

Muchas veces hemos oído preguntar: ¿Se cazan las golondrinas?

Nosotros reconocemos de buen grado todo lo que hay de poético y tradicional en esa general simpatía que inspira la mensajera de la primavera; pero la tórtola, la paloma, la alondra, el mirlo, la liebre, el conejo, ¿no han sido alabados por los poetas? ¿Qué diferencia existe en realidad entre la golondrina *viajera* y dos tórtolas *amantes*? ¿Habría, como en tantas otras cosas, dos moralidades para los cazadores? No, sólo hay leyes reglamentarias basadas en las leyes de la naturaleza, leyes de reproducción, leyes de estación, leyes de climas destinadas á proteger las especies, respetando, sin embargo, la libertad reglamentada del cazador y los usos de cada país.

La caza de la golondrina está localizada en algunos sitios muy escasos. La golondrina que vuelve de Oriente, parece, después de haber multiplicado sus relevos en las verdes islas del Mediterráneo, y reposado sus fatigadas alas en las jarcias de los infinitos buques que surcan este *gran lago*, haber escogido nuestros puertos cantábricos para reposar de sus fatigas.

Allí, durante los meses de la primavera y el estío, se cierne libremente sobre las azuladas ondas del Océano, juguetea en los aires sin temor y en bandadas más ó menos numerosas, en los altos plumeros de los árboles, en las verdes praderas de nuestros frondosos campos; no dejan huir al Pirineo sino las más jóvenes, las más aventureras de la bandada, que van á anidar á Arlés primero, la ciudad antigua de Francia, la ciudad de las ruinas, cuyos imponentes restos recuerdan todavía al viajero los monumentos de Egipto y de Grecia; más tarde, á los bosques de Fontainebleau, ó á las soledades de Trianon. ¿Ha notado alguno que disminuya la especie porque determinado número de cazadores, en los meses de Setiembre y Octubre, es decir, en la época fijada por la ley, cacen algunos cientos de golondrinas?

No podemos creerlo, porque esta caza se pierde en la noche de la historia, y forzosamente tenía que suceder en un país de grandes descampados como el nuestro, en que los insectos pululan por do quiera, atrayendo y reteniendo á la golondrina.

La caza de las golondrinas con redes no es tan fácil como pudiera creerse á primera vista.

Como todos sus compañeros, el cazador de golondrinas debe gozar de una constitución á prueba de reumatismos y de cansancio; debe encontrarse en estado de usar y abusar de sus jarretes de acero, porque el ejercicio es algunas veces violento en demasía.

Mis recuerdos de la infancia y de la juventud me traen á la memoria estas excursiones matinales que hacíamos bajo la dirección paternal, al través de los juncos del Segura, ó en las frondosas tierras de Villanueva, á fin de adelantarnos á los demás cazadores y apoderarnos de los mejores sitios, señalados la víspera. ¡Con qué emoción se habla de lo que se ha hecho en esa edad, apartada de nosotros por desgracia, tan feliz y alegre, en que el calor de la sangre pide á cada momento esparcirse en una actividad devoradora. La caza era para nosotros la alegría de los domingos, la gimnasia de las vacaciones.

Cuando llegaba Setiembre coronado de pámpanos, nuestras miradas buscaban en el cielo la dirección de las nubes, espionando el primer soplo de viento del Este, el *Levante*, que en el mediodía de España conduce la lluvia benéfica, que levanta los insectos tan queridos de la golondrina.

En el momento que aparecía la menor ráfaga, preparábamos nuestra red cuidadosamente, sujetándola á un exámen minucioso y severo, y después la encerrábamos en un saco, que colocábamos al lado de una jaula con dos golondrinas destinadas á servir de reclamos, es decir, á atraer á sus compañeras hacía el pérfido aparato, y por

último, un pito para imitar el canto del mirlo y otros pájaros.

El cazador con red no lleva el saco ordinario, sino una especie de morral de lienzo gris, que se sujeta en su centro y en su extremidad de modo que forme dos balijas; una de éstas guarda el aparato; la otra, las provisiones de boca.

Llegada la mañana, con nuestro saco á la espalda salíamos al campo, preparados y dispuestos para la caza, quedando á poco tendidas nuestras redes con ayuda de una cuerda sujeta á las mallas. Estas redes deben de estar formadas de dos piezas ó partes: la una, larga, de veinte pasos lo ménos; la otra, de un ancho como de dos metros. Las mallas deberán tener unos tres cuartos de pulgada de cuadrado.

Escogido el sitio de antemano, como hemos dicho, á fin de procurar que ofrezca una vista descubierta, á lo ménos de derecha á izquierda, es decir, perpendicularmente á la posición que ocupan las redes, y limpio perfectamente el suelo de hierbas y matorrales para que no entorpezcan los movimientos del cazador, se empieza la caza, y por poco que los aparatos estén bien dispuestos y desplegados perpendicularmente á la dirección del viento, ó si esto no fuera posible, al biés, como hacen los marinos con las velas cuando el viento es muy fuerte, la caza no podrá ménos de ser fructuosa y abundante.

En efecto, volando siempre la golondrina en dirección de la corriente del aire cuando pasa rasando el suelo, no puede ménos de encontrar una de las redes, en la que queda cogida al momento.

De este modo se cazan con red las golondrinas, las aves de vuelo rápido é infatigable, tan útil al hombre por su sociabilidad, sus emigraciones periódicas, su afecto al país natal, su regreso, que anuncia la primavera, y tantos otros detalles que han despertado la curiosidad y benevolencia de los pueblos antiguos y modernos, y prestado á más de un poeta felices inspiraciones.

Como no podía ménos de suceder con un ave tan popular, las fábulas más extrañas se han sucedido unas á otras sin descanso. Se ha dicho que estas aves se unían en el aire, abdomen con abdomen. Se ha pretendido que tenían la facultad de recobrar la vista por medio de una planta, la celidonia, que por esta causa el pueblo la designa aún con el nombre de hierba de golondrinas. Las piedrecitas que algunas veces se encuentran en su estómago se ha pretendido que tenían la propiedad de preservar de muchos males á las personas que las suspendían á su cuello en una bolsita. Entre los antiguos, todas las partes de su cuerpo pasaban por tener virtudes medicinales. Sus músculos machacados se tenían por un antídoto contra la mordedura de la víbora, y sus excrementos, tomados en bebida, como contrarios á la rabia.

Desde tiempo inmemorial, las golondrinas, por sus propiedades exclusivamente insectívoras, no cabe la menor duda que han sido muy respetadas. Los griegos y romanos las ponían bajo la protección de sus dioses penates; creían que cuando se las maltrataba iban á picar los pechos de las vacas y las hacían perder su leche. A los ojos de ciertos pueblos del Norte es un gran mal matarlas; para los anglo-americanos es una violación de las leyes de la hospitalidad.

Pero la verdad es que no en todos los países sucede lo mismo. En los sitios en que son aves de paso, en otoño, muchos cazadores les hacen una guerra sin cuartel.

En esta época las gargantas de los Apeninos, Pirineos y montañas de Córcega, son teatro de grandes matanzas. Como están muy gordas en esta estación, su carne constituye un manjar succulento en extremo, consideración, como comprenderán fácilmente nuestros lectores, que basta y sobra para enmudecer las leyes del reconocimiento y hasta la de la superstición, diosa á quien rinde un gran culto el pueblo italiano, tanto antiguo como moderno.

V.

EL PERRO DE SATANAS.

Firmada la paz de Vad-Rás, ratificados los poderes y verificado el desembarque de las tropas victoriosas en Alicante, quedó de residencia permanente en Tetuan,

como recordarán nuestros lectores, un crecido cuerpo de ocupacion, cuya presencia no contribuyó, ni en poco ni en mucho, á cristianar la ciudad sagrada, la madre querida de los indómitos hijos del profeta, que lloraban en silencio la pérdida transitoria de aquella *blanquísima paloma*, como ellos decían, medio oculta en la sombra de las altas palmeras y entre espesos bosquecillos de naranjos y limoneros.

La curiosidad por una parte, y sobre todo el deseo de pisar la grandiosa escena que fué teatro del esfuerzo y de las hazañas de nuestros soldados, nos llevó á tierra de África hácia principios del mes de Mayo de 1860, haciendo la travesía en un vapor de guerra de los muchos que por aquella época cruzaban desde el puerto de Málaga hasta la desembocadura del rio Martin.

Las relaciones entre españoles y marroquíes eran entonces muy cordiales, al menos en la apariencia, gracias sin duda á la severa lección que habian recibido los últimos en el campo de batalla, y la planta baja del edificio que ocupaba el Alcalde moro, nombrado por el General en jefe, era frecuente centro de reunion de nuestros más distinguidos compatriotas. Entre pipas y sorbos de café pasábamos tumbados orientalmente las noches deliciosas de una primavera cargada de perfumes, de encanto, de poesía y de recuerdos, que no se borran fácilmente del libro en que el alma apunta los que le son más gratos y más goces han proporcionado al espíritu.

Al poco tiempo de reunirnos en aquellas veladas inolvidables, recayó la conversacion de todos sobre la caza. Y no podia menos de suceder así.

África, desde la creacion del mundo, es un país venatorio por excelencia. En sus vastos desiertos vive el altivo monarca de las selvas, y desde la majestad y la indomable fiera de este sér augusto, hasta la amante y tímida tortola, que confunde sus arrullos con los maullidos feroces del tigre, todo se encuentra allí en revuelta confusion, aumentada en el invierno con las legiones de aves que emigran de los climas frios para buscar en las campiñas africanas del litoral un refugio bienhechor que las libre de morir transidas de frio bajo el clima ingrato de la nevada Europa.

El árabe, pues, es cazador por instinto, por necesidad, por afición, por gala y por costumbre.

El arte de la cetrería se conserva entre ellos con la misma pureza que aquí se practicaba en el siglo xv, y salir al campo á correr liebres con sus famosos galgos, que no tienen rival en el mundo, es para los mahometanos un placer semejante á los que en el Paraíso les reserva su profeta.

En cuanto á los marroquíes, si no se dedicasen á matar fieras, concluirían por dar caza á los mismos hombres y devorarlos en union de sus ganados.

Deseosos los árabes de sernos agradables y proporcionarnos el espectáculo de una batida, se organizó la expedicion, muy rara por cierto, no para cazar al *señor de la cabeza grande*, como llaman al leon, ni al *gato de Salomon*, nombre que dan á la pantera, sino para que viésemos cómo persiguen ellos al *Perro de Satanás*, segun apellidan á la horrible hiena.

Cuando un musulman la oye gruñir, exclama al punto:

- ¡Que Dios nos libre del encuentro del judío!
- ¡Que Alá maldiga al que anuncia malas nuevas! Un sér de nuestra sangre acaba de morir.
- ¿Oís? Está ladrando la muerte.
- ¡Ojalá se aleje para siempre de nuestros adueros!
- ¡En su vientre hierva el odio y el exterminio!
- ¡Es un cobarde que tiene miedo del sol!

No hay animal que atraiga tantas imprecaciones sobre su cabeza como sucede á la hiena africana.

Entre los moros de rey que nos acompañaban en nuestra expedicion iba un jóven de veinticinco á treinta años, valiente como todos los de su raza, y que de simple soldado de caballería habia ascendido por su valor á la categoría de caid de la tribu de Beni-Massar.

Llamábase El-Habuchí, y era el director de la comitiva.

—Tengo ganas de dar caza á una de esas malditas hienas, dijo uno de nosotros.

—La hiena no se caza nunca, respondió con gravedad El-Habuchí; la hiena se coge como se coge una rata ú

otro cualquier animal inmundo. Al *perro de Satanás* no se le hacen los honores de la pólvora.

Por un sendero estrechísimo nos dirigimos entonces á una enorme roca de granito que dominaba una espesura de tuyas y de higueras bravías. Bajo las ramas de aquellos árboles veíase el orificio de un ancho agujero rodeado de musgo y de raíces capilares.

—Aquí está, dijo el moro que iba á la descubierta.

Separó perfectamente el ramaje, y vimos á una hiena acurrucada en el fondo de aquel antro. Tenía erizada la asquerosa melena, y sus ojos brillaban como dos carbones encendidos.

—Adelante, gritó El-Habuchí, no tiene hijuelos, y la hiena sólo ataca al hombre cuando es madre y supone que van á arrancarle la cría.

Un moro rifeño avanzó hácia la fiera, llevando en la mano un palo como de 40 centímetros, de cada una de cuyas extremidades pendía una larga correa de cuero.

La hiena se enderezó sobre sus patas traseras, alargó las delanteras, armadas de uñas formidables, y abrió la boca, gruñendo de una manera aterradora.

Pero el moro, con la rapidez de un relámpago, metió el palo atravesado en las fauces del animal y ató las correas al rededor del cuello en ménos tiempo del que se necesita para decirlo. Una vez amordazada así, la cogió por una pata y la sacó del agujero. Otros árabes la agarraron entonces perfectamente.

—¿Qué queréis que hagamos ahora? preguntó El-Habuchí volviéndose hácia nosotros.

—¡Matarla! dijimos todos á una voz.

—La hiena no la matamos en África, por dos razones, replicó. La primera porque eso es de mal agüero, y la segunda porque nos limpia el campo de esqueletos y de inmundicias. Pero si queréis que muera, vamos á obedecerlos al punto.

Y dirigiéndose al grupo de moros que nos rodeaba, añadió:

—¿Hay alguno de vosotros que padezca hidropesía? La sangre caliente de la hiena cura esa enfermedad, porque Alá así lo quiere.

—Yo tengo á mi padre, dijo uno de los presentes, que está hinchado como un pellejo lleno de viento.

—Pues ve á buscarlo y date prisa.

El enfermo llegó pronto montado en un borriquillo. Quitáronle el albornoz y la camisa, y sobre su cuerpo degollaron á la hiena, que ni siquiera trató de defenderse, muriendo como un borrego.

No sabemos si el hidrópico curó; pero él se fué convencido de que así iba á suceder, y la fe es un agente poderoso para hallar remedio á ciertos males.

Al dar la vuelta á Tetuan nos dijo nuestro guía que los musulmanes del interior del imperio explotan los instintos inmundos de las hienas, que, en union de los chacales, hacen un verdadero servicio sanitario en el país, limpiándolo de los cuerpos muertos y corrompidos de las bestias.

Por desgracia, las hienas profanan los cementerios árabes con tanta mayor facilidad, cuanto que los moros entierran los cadáveres muy superficialmente y envueltos en un simple sudario.

Estas fieras escarban la tierra como el perro que se divierte en abrir un agujero, haciéndolo con un encarnizamiento, con una furia, que duplica su empuje á medida que el olor le revela la proximidad de la presa. La naturaleza ha dotado á este animal de una fuerza tremenda en el hocico, que equivale á una espíocha, y de unos dedos de hierro, que le convierten en el mejor cavador entre todos los animales carniceros de la creacion.

Así es que los moros acostumbran á poner centinelas en sus cementerios en cuanto se acerca el verano, ahuyentando á pedradas á los *perros de Satanás* que acuden á aquellas tristes mansiones para satisfacer su repugnante instinto.

F. C.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA EXTRAORDINARIA DEL DIA 13 DE MAYO.

La primera piña, á 27 metros, de un pichon y seis tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores Okolicsanyi, Udaeta, Argaiz, Davies y Duque de Tamames.

La segunda piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y trece tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. Anspach, Okolicsanyi, Udaeta, Davies, Duque de Tamames, Argaiz, Conde de Gomar, Marqués de Bendaña, Garvey, Dubosc, Morillo y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tercera piña, en la cual se adjudicaba un premio dado por las señoras, más el 30 por 100 de las entradas al primer tirador, el 30 por 100 al segundo, y el 20 por 100 al tercero, á 27 metros, de cinco pichones, once tiradores y cien pesetas de entrada, la ganaron: el primero, el Sr. Duque de Huéscar, matando cinco de cinco tiros; el segundo, el señor Davies, matando seis de siete tiros, y el tercero el Sr. Argaiz, matando cinco de siete tiros, contra los Sres. Udaeta, Duque de Tamames, Anspach, Okolicsanyi, Dubosc, Conde de Gomar, Garvey y Buchanan.

(El premio de las señoras consistía en un alfiler de corbata representando una tortuga cogiendo una perla, cuya concha es un topacio y el resto brillantitos.)

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y catorce tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, el Sr. Davies, contra los Sres. Anspach, Conde de Gomar, Muguero, Okolicsanyi, Argaiz, Dubosc, Vizconde de la Torre de Luzon, Heredia, Albareda, Duque de Huéscar, Buchanan, Udaeta y Morillo.

La quinta piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y trece tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Fernando Heredia, contra los Sres. Anspach, Davies, Okolicsanyi, Dubosc, Fernandez Durán, Muguero, Argaiz, Buchanan, Conde de Gomar, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y Morillo.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y doce tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, el Sr. Buchanan, contra los señores Anspach, Davies, Okolicsanyi, Argaiz, Muguero, Fernandez Durán, Dubosc, Vizconde de la Torre de Luzon, Heredia, Duque de Huéscar y Duque de Tamames.

La séptima piña, á 22 metros, de una carambola y nueve tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra los señores Argaiz, Anspach, Davies, Buchanan, Duque de Huéscar, Fernandez Durán, Dubosc y Duque de Tamames.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 15 DE MAYO.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de diez pichones y dos tiradores, la ganó, matando cinco de diez tiros, el Conde de Gomar, contra Mr. Okolicsanyi.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y dos tiradores, la ganó, matando tres de cinco tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Conde de Gomar.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y dos tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, el Conde de Gomar, contra Mr. Okolicsanyi.

La cuarta piña, igual á la anterior, la ganó, matando seis de nueve tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Conde de Gomar.

Presenció la tirada Mme. Okolicsanyi.

GACETILLA.

MUERTE DEL DUQUE DE MEDINACELI.—La sociedad aristocrática y la muchedumbre de los cazadores españoles están hondamente preocupados con la horrible muerte que se ha dado nuestro noble amigo é ilustre camarada el jóven Duque de Medinaceli, si no por imprevision, por uno de esos accidentes fatales que tan á menudo ocurren entre los más familiarizados con las armas de fuego, al usarlas en sus deportes venatorios.

Siempre que nos encontramos en la soledad de un bosque, dulcemente enajenados con los placeres de la caza, tendida sobre el brazo izquierdo el arma doblemente cargada y montada, dispuesta á disparar dos veces la muerte, y nos paramos á considerar que llevamos estrechados contra el corazón dos asesinos, tan listos para hacernos felices enviando sus tiros á la pieza que se levante, como dispuestos, á la menor distraccion nuestra, á dejarnos allí olvidados, durmiendo una muerte entre criminal é inocente, ¡cuántas veces nos hemos sentido inclinados á tirar la escopeta y á volvernos á gozar de las dulzuras domésticas, si un verdadero aficionado á la caza fuera capaz de tan racional y prudente resolucion!

Pero ya que no es posible ser cuerdos cuando nos encontramos enloquecidos por la mas embriagadora de todas las aficiones del hombre, justo es que al sentir y lamentar la triste muerte del ilustre cazador á quien dedicamos estas líneas, aprendamos á ser cuidadosos de nuestra vida y previsores con el arma homicida, objeto de nuestro entusiasmo.

En la tarde del 13 de este mes, una de las más apacibles del florido Mayo, corría sus montes de las Navas el Duque de Medinaceli, jóven de veintiocho años, acompañado de su segunda esposa la bella Casilda, hija de los Marqueses de la Torrecilla, con quien se habia desposado hacía unos pocos meses, cazando en ojeo de caza menor con algunos de sus criados. Casi á la puesta del sol, y al dar la última mano, llegaron los Duques á un peñasco, punto de recreo por su elevada situacion, y puesto predilecto para esta clase de aguardos: la Duquesa lo hubiera ocupado, si su galante marido no le hubiese marcado otro en su cercanía, que no fuera tan penoso para la subida y para la bajada. ¡Quién hubiese dicho al Duque que aquel iba á ser su terrible Calvario!

Ocuparon ambos jóvenes sus puestos, y empezó el último ojeo, el ojeo realmente postrero para el desgraciado Duque de Medinaceli. Desde allí enviaria tambien su última sonrisa y su último beso á su linda compañera y á su bella Diana.

Cuentan que le vieron tirar un conejo, que probablemente erró, y que al volverse sobre él para dispararle el

segundo tiro, resbalaría por la pendiente del peñasco; y nadie sabe decir más sobre el funebre suceso. A la segunda é inmediata detonacion de la escopeta, rodaron al pié de la peña un hombre moribundo y el arma homicida, rotas las colas de los dos gatillos de la escopeta, que al chocar en una piedra oprimieron la aguja que hirió al cartucho. Al acercarse todos al fatal peñasco, levantaron al desgraciado Duque, herido honda y extensamente en la cara anterior del muslo derecho, sin ver al pronto que el tiro le había penetrado en el vientre, abriendo un grande agujero en la ingle del mismo lado, en direccion al pecho, y haciéndole grandes estragos en las entrañas abdominales. La herida era indudablemente mortal, segun el dictámen de los médicos del vecino pueblo que la reconocieron al poco tiempo, y de los de Madrid que llegaron despues de la media noche.

Desde el momento fatal, á eso de las seis de la tarde, hasta las seis de la mañana siguiente, hora en que murió el ilustre jóven entre los más crueles dolores, se cuentan muchos rasgos de valor y de serenidad para templar las terribles argustias que devoraban á su desolada esposa.

Que esta horrible catástrofe, que ha de pasar á la historia de la egregia estirpe de los descendientes de los la Cerda, se conserve constantemente entre nosotros y sirva de lección á todos nuestros camaradas, para que cuiden más de sus vidas, apartando siempre y en todo caso de su lado la boca del cañon de la escopeta, sin que por eso olviden la situacion de los compañeros. Que es muy menegado consuelo, despues de tan sangriento espectáculo, el que puede darse á la desconsolada familia, por más que, como ahora, enviemos á la del noble y malogrado Duque de Medinaceli el más sentido pésame desde el fondo de nuestro corazon.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.—Hé aquí los pormenores de las carreras celebradas en los dias 10 y 12 de este mes:

Dia primero.—La primera carrera, distancia 3.000 metros, premio 5.000 rs. al primero y 1.000 al segundo, la ganaron *Pepe-Hillo*, de F. Gem., y *Notefies* de D. F. Dominguez.

La segunda, para caballos de pura sangre, premio 20.000 rs. y distancia 3.000 metros, la ganaron: primero, *Pagnotte*, del Sr. Duque de Fernan-Núñez; segundo, *Vitelotte*, del Marqués de Villamejor, y tercero, *Rifle*, de D. Patricio Garvey.

Tercera carrera. *Criterium*.—Premio 40.000 reales, 35.000 al primero y 5.000 al segundo. Distancia, 1.500 metros.

Ganó el primero *Baron*, de D. Juan P. de Aladro, y el segundo *Volapié*, de D. Ricardo Davies.

Cuarta carrera. *Nacional*.—Reales vn. 10.000: 8.000 al primero y 2.000 al segundo, distancia 1.700 metros.

Ganó *Cabecilla*, de D. R. Lorite, y el segundo, *Brillante*, de D. F. del Rio.

Quinta carrera. *Omnium*.—Premio de S. A. R. la Princesa de Asturias. Distancia, 3.000 metros.

Ganó *Trovador*, de D. E. Davies, en una muy buena carrera, disputada por *Eclipse*, de D. J. P. Aladro.

En la carrera de pura sangre se esperaba ganase *Rifle* ó *Vitelotte*, venciendo *Pagnotte*, que ganó el año pasado.

Dia segundo.—Carrera de potros. —Premio del Ministerio de Fomento, 10.000 rs. Distancia 2.000 metros.

Ganó *Rigolade*, del Duque de Fernan-Núñez, siguiendo *Eclipse*, de D. P. Aladro. A la salida llevó la cuerda *Eclipse*, que hizo la carrera con *Rigolade*, adelantándose éste en la última vuelta.

D. R. Davies. Segundo, *Vitelotte*, del Marqués de Villamejor.

Quinta. Carrera de *Compensation*.—Premio, 50.000 reales. Ganó tambien *Vitelotte*, del Sr. Marqués de Villamejor, y el segundo *Etrenne*, del Marqués de Alcañices.

En la cuarta carrera, el juez de salida tuvo que detener la de los caballos nueve ó diez veces, por arrancar de un modo desigual y contrario á las reglas hípicas.

ASOCIACION PROTECTORA DE LA CAZA DE MONTEIROG.—A esta ilustrada Sociedad de cazadores, y á cuantas más Sociedades y personas particulares nos han escrito haciéndonos oportunas observaciones sobre la nueva ley de Caza, á fin de que nosotros las llevemos al seno de la Comision que ha de completar la obra, redactando el Reglamento por Decreto de S. M., á todas les contestamos que seremos fieles y exactos en nuestro cometido, y que todas sus observaciones serán discutidas en el seno de la Comision.

Y aprovechamos esta circunstancia para advertir á todos nuestros lectores que cuantos quieran hacer nuevas observaciones sobre la citada ley, nos las envíen en un plazo breve, á fin de que teniéndose presentes al discutirse el Reglamento, pueda éste ser el más perfecto complemento de aquélla, á ver si logramos que la obra quede lo más perfecta posible.

RESPUESTA Á «EL SEMANAL».

—Nos excita *El Semanal* de Pamplona á que nos ocupemos de la excepcion que exige uno de sus compañeros para la pesca de la trucha durante la Veda, por ser excepcional el desove en dicho pescado, y que su veda se traslade á este período; y pide que se ocupe del citado asunto la Comision que entiende en el reglamento de la ley de Caza, sin tener en cuenta que ni en la ley ni en el reglamento se trata de la pesca.

Este es punto para debatido hoy y para consignado en la ley de Pesca que debe hacerse.

CARRERAS DE CABALLOS EN LA FLAMENCA.—En la primera de las anunciadas carreras, el

dia 14 del corriente, resultó empate entre *Baron* y *Zobair*, que se repartieron el premio.

En la segunda quedó vencedor *Pagnotte*, del Sr. Duque de Fernan-Núñez. El tercer premio se adjudicó á *Trovador*, de D. Ricardo E. Davies. La cuarta carrera fué ganada por *Zobair*, que montaba Jaime Silva, y la *match* por *Etrenne*.

Segundo, *Petit-Verre*, *Abdelkader*, *Baron*, *Babieta* y *Pepe-Hillo* fueron retirados ántes de la lid.



PESCA DE CANGREJOS DE MAR.

Segunda. *Cósmos*.—Premio del Excmo. Ayuntamiento, 20.000 rs. Distancia, 3.000 metros; ganó *Pagnotte*, del Duque de Fernan-Núñez; segundo, *Rifle*. Salíó adelante *Babieta*, que en la segunda vuelta quedó atrás y se retiró.

Tercera. *Peninsular*.—Premio de la Excmo. Diputacion provincial, 10.000 rs. Distancia 2.500 metros. Ganó *Petit Verre*, del Duque de Fernan-Núñez. *Mercy*, segundo.

Cuarta. *Handicap* libre. —Premio de S. M. el Rey, 20.000 rs. Distancia, 1.700 metros. Ganó *Trovador*, de

ANUNCIOS.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía. —Avenida de la Opera, número 8, en París. —Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.



Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

- 1 Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino. 1.100
- 2 La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino. 1.000
- 3 Id. id., sin adamascado. 920
- 4 Id., 2.ª clase, adornos finos. 840
- 5 Id., 2.ª clase, sin ningún adorno. 820

- | | Francos. |
|--|----------|
| 6 Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema. | 740 |
| 7 Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado. | 680 |
| 8 Id., id., id. | 550 |
| 9 Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20. | 420 |
| 10 Id., id., id. | 340 |
| 11 Id., id., id. | 300 |

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

- | | |
|--|-----|
| La escopeta número 7 tira de 180 á 210 perdigones. | |
| Id. » número 8 » de 160 á 200 » | |
| Id. » número 9 » de 140 á 190 » | |
| Id. » número 10 » de 160 á 170 » | |
| Id. » número 11 » de 150 á 160 » | |
| Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke. | 120 |
| Id. id. id. 2.ª clase. | 750 |

Revolvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (Estados-Unidos).

- | | Francos. |
|--|----------|
| Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado. | 35 |
| Id. id. id. id. 380 id. | 40 |
| Terror id. id. id. id. 320 id. | 35 |
| Id. id. id. id. 380 id. | 40 |
| Revolver de accion doble id. 320 id. | 55 |
| Id. id. id. id. 380 id. | 60 |

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precision de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enses y accesorios de caza y de tiro.

ARRIENDO DE UN COTO.—La dehesa denominada Fresnedoso, á dos kilómetros de la Estacion de Maltipada de Plasencia, y orillas del rio Tietar, se arrienda, con gran abundancia de caza menor y alguna mayor. El guarda de la referida dehesa, Francisco Rubio, enterará de las condiciones de dicho arriendo.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª Calle del Duque de Osuna, n.º 3.